

TEMAS Y DISCUSIONES

Eugenio González

Spengler, visionario de la decadencia

“Amo a todos los que son como gotas pesadas, que caen una a una de la sombría nube suspendida sobre los hombres, anuncian el relámpago que viene, y desaparecen como anunciadores.

Yo enseño a los hombres una nueva voluntad: querer el camino que han seguido los hombres ciegamente, y darle por bueno, y no arrastrarse fuera de él como los enfermos y los decrepitos”.

(Nietzsche: “Así hablaba Zaratustra”).

“La muerte de Goethe escribió Oswald Spengler en su “Decadencia de Occidente”— fué un acontecimiento europeo”. En cambio la suya, que significa acaso el desaparecimiento del más poderoso pensador de nuestro tiempo, ha tenido menos rango en los periódicos europeos y americanos— alimento “espiritual” de la democracia— que las noticias boxeriles, los escándalos parlamentarios y la propaganda cinematográfica. Y es que en la época de Goethe—en pleno tránsito de la cultura a la civilización, de las últimas formas sutiles y refinadas del alma fáustica, a las duras realidades “positivas” de la técnica y del dinero— subsistía aún cierta antifictionia del espíritu, el ámbito necesario para la resonancia de las grandes ideas.

Hoy día no. Los hombres viven atentos al angustioso problema de su

propia existencia cotidiana. El estruendo industrial de las grandes ciudades apaga las declinantes voces del alma. Una masa gris e informe en que se diluyen todos los valores y todas las jerarquías, circula por las calles en persecución del pan, de la fortuna y el placer, sin tener siquiera la inquietud de su propio destino. Y las minorías que así mismas suelen calificarse de selectas y que por lo general sólo son círculos de “snobs” sin dignidad espiritual o de conscientes mistificadores ávidos de la gloria del día, no hacen otra cosa que repetir, con los artificios retóricos de moda, los dogmas de la plaza pública.

Por eso, la obra de Spengler, a pesar de su extraordinaria difusión, no puede ni podría ser aceptada y comprendida “en profundidad” por las esferas “ilustradas y por las masas de lectores que se alimentan con las concepciones vanales y simplistas que corresponden a los intereses del momento. Sin embargo, ella sintetiza, por modo genial, un cúmulo de intuiciones propias de la época y responde a una íntima actitud de los que verdaderamente sienten el ritmo de la vida actual. Como él mismo lo dice, su obra expresa la “fórmula de un pensamiento que una vez expuesto no podrá ser atacado. Es decir, una vez comprendido”. Pero,

por encima de las intuiciones y sentimientos del nuevo estilo, todavía confusos en su sentido y dirección, priman en el presente las concepciones materialistas y racionalistas del siglo XIX

De ahí que la trascendencia de la visión spenglerina de la historia no puede ser estimada aún en su cabal plenitud. El mismo piensa que su pensamiento, "verdadero para él", probablemente lo sea para los "espíritus directores del futuro". Mientras tanto, el apasionamiento de una crítica hostil, expresión casi siempre de pueriles incomprendiciones académicas o partidistas tanto como el afán laudatorio de los que nunca, por incapacidad anímica, podrán penetrar verdaderamente en el sentido de su obra, harán que por mucho tiempo todavía la "idea" de la "Decadencia de Occidente" permanezca circunscrita al dominio de espíritus solitarios y vigilantes capaces de sentir, frente a las perspectivas innumerables que ella abre, la emoción que provoca la alta poesía.

1.— El Universo como historia

El problema del conocimiento, tema fundamental de la filosofía, ha sido considerado, casi exclusivamente, en lo que se refiere a la naturaleza. El mismo análisis de Kant, culminación de una larga serie de ideas, sólo atiende desde un punto de vista estático a la relación del hombre y el mundo, del sujeto y el objeto de la ciencia. Los modos de la intuición sensible y las categorías del entendimiento que él establece, representan un esfuerzo máximo, y sin duda genial, para llegar a determinar una

imágen de la naturaleza, en que los factores anímicos y externos encuentren la necesaria y integración de la luz de una fina crítica intelectualista.

Conocer ha sido siempre para los pensadores occidentales del siglo XIX, reducir a esquemas conceptuales la realidad; llegar al establecimiento de relaciones invariables, llenas de necesidad lógica, entre los objetos de la experiencia; encerrar la multiplicidad de las percepciones sensibles que constituyen nuestro universo, en una serie de leyes expresables en términos matemáticos. No se admitía la posibilidad de un conocimiento válido ajeno a los principios de la razón, un conocimiento logrado a espaldas de la lógica fría y sutil de la inteligencia, en la cual y por la cual quedan agotados todos los modos posibles de una concepción filosófica del mundo. El intuicionismo de Henri Bergson, que se levanta contra los dogmas del intelectualismo, tradicional, sólo alcanza efectiva influencia—lo que es muy significativo—en sectores ajenos a la filosofía académica.

De ahí que todas las ciencias—incluso la psicología—hayan procurado aplicar en sus investigaciones los métodos de la física, la más perfecta de las ciencias naturales, para ver modo de llegar, como ella, a una explicación en el fondo necesariamente mecanicista, de sus objetos. Expresión de este espíritu que impregna las distintas disciplinas científicas, es el hecho de que Comte—el más maestro hacia el cual, aún reconociéndolo superado y anacrónico, se vuelven los pensamientos de los hombres de ciencia—designara con el nombre de física los diversos dominios

del conocimiento. En efecto, tanto en lo que se refiere a la materia inanimada como a los procesos biológicos e instituciones sociales, el propósito es tratarlos con sujeción a los cánones racionalistas y experimentales de las ciencias, sobre la base del postulado de determinismo mecanicista universal.

De pretender aplicar las leyes físicas, mecánicas a la explicación de la vida de los organismos, a tratar de lograr una análoga explicación de la vida cultural, no había distancia. El principio de causalidad, que es el eje de la ciencia natural, fué llevado, en una u otra forma, como concepción idealista o como concepción materialista, al terreno de los hechos históricos. El racionalismo quería aplicar sus esquemas conceptuales al desarrollo humano. La mentalidad positiva aspiraba al fijar las leyes de la estática y de la dinámica social a imagen y semejanza de la física.

No obstante, la índole singular del hecho histórico y su extrema complejidad vital, han hecho lógicamente imposible el establecimiento de leyes positivas del tipo mecanicista de la física. "Hablar de ley histórica—ha dicho Rickert—es incurrir en una contradicción en los términos" "La ley científica expresa una relación de universal validez que incluye no sólo lo real sino lo posible en el pasado, el presente y el futuro. Las presuntas leyes históricas sólo podrían referirse a relaciones singulares entre hechos singulares ya producidos, sin repetición posible en el porvenir. Por eso, a lo sumo puede hablarse de una investigación histórico-científica en lo que res-

pecta al rigor metódico positivo para establecer la existencia del hecho histórico sobre la base de la crítica de documentos y vestigios; pero el criterio científico no tiene aplicación cuando comienza la verdadera historia, la síntesis reconstructiva del pasado. Y aún habría mucho que objetar a la posibilidad de usar procedimientos propiamente científicos en la crítica histórica.

Según Spengler, hay "dos maneras posibles para el hombre de poseer y vivir su derredor": el Universo como naturaleza y el Universo como historia, las posibilidades generales inagotables que se resumen en las leyes científicas de la investigación racionalista, en los rígidos sistemas de verdades que la inteligencia de cada cultura superior se da como defensa ante el misterio cósmico, y las realidades singulares que se manifiestan en la duración real como diría Bergson—, en el tiempo irreversible que es la esencia del devenir vital. La primera imagen se organiza de acuerdo con el principio de casualidad; es mecánica y racionalista, es decir, poética. "La naturaleza debe ser tratada científicamente; la historia, poéticamente" (Dec. de Occ. Tomo I, pág. 151).

Hay una lógica de la historia, pero que nada tiene que ver con la lógica de la naturaleza. Los métodos intelectuales y positivos que son valiosos para determinar las leyes de lo inanimado, de lo producido, no tienen sentido alguno cuando se emplean en los dominios de la vida, en el producirse mismo. Cuanto se haga por reducir el devenir vital a las fórmulas muertas de conceptos y de conexiones causales

entre conceptos elaborados por la razón, está destinado al fracaso. La historia no puede ser tratada con los procedimientos de la física sin alterar su verdadera esencia. Ella tiene su lógica propia, una lógica orgánica, la lógica intuitiva de la vida. Su esencia es la intuición del sino, el íntimo sentimiento de una necesidad, la inmediata certidumbre del acontecer. Y ahí solo vale recursos anímicos que nada tienen que ver con la ciencia, con el pensamiento discursivo: la compenetración real y vital del sujeto y del objeto, la intuición profunda, la visión artística, lo que llamaba Goethe "la exacta fantasía sensible".

El parentesco de las ideas spenglerianas con las de Bergson, resalta. Sin embargo, no creemos que deba hablarse propiamente de un influjo filosófico de este último sobre el maestro alemán, sino más bien de una coincidencia de actitud espiritual. Si se trata de buscarle a Spengler un antecedente genuino de su pensamiento filosófico, habría que remontarse a Heráclito de Efeso, sobre quien escribió su primer ensayo y de cuyas concepciones, fragmentariamente conservadas, hay rastros notorios en su obra. Y es curioso anotar cómo los rasgos distintivos de aquel a quien sus contemporáneos llamaron el Oscuro, por la profundidad y el simbolismo de su filosofía, corresponden con extraña fidelidad al carácter y al estilo de Spengler. En efecto, escribe Gomperz, refiriéndose a Heráclito: lo que lo separaba de sus predecesores era su temperamento inquieto, el giro, sobre todo poético, de su imaginación, su gusto por la riqueza y la plasticidad de las formas".

No es posible, pues, según Spengler, el tratamiento sistemático de la historia. Todo lo que aparece en la superficie del acontecer, ideas y artes, Estado y costumbres, batallas y ritos, sistemas económicos y códigos, es símbolo de una estructura interior, de un alma que desenvuelve y actualiza sus posibilidades creadoras. La historia debe ser fisiognómica. A través de los hechos que constituyen su corporeidad, hay que penetrar en el ritmo vital, profundo, en la idea de la cultura. Y esto sólo se alcanza por un acto de intuición, por una especie de compenetración anímica. Las múltiples y transitorias apariencias, entre las cuales los historiógrafos impregnados de conceptos físicos quieren establecer relaciones de causa y efecto, son meros símbolos de una necesidad orgánica que cumple su trayectoria ineludible.

Al concepto de ley que impera en el conocimiento de la naturaleza, corresponde en la historia la intuición de la forma. La realización de una forma determinada, y nada más que de ella, es un sino de lo orgánico. Y digámoslo con sus propias palabras: "Las culturas son organismos. La Historia Universal es su biografía. Una cultura nace cuando un alma grande despierta de su estado primario y se desprende del eterno infantilismo humano; cuando una forma surge de lo informe; cuando algo limitado y efímero emerge de lo ilimitado y perdurable. Florece entonces sobre el suelo de una comarca a la cual permanece adherida como una planta. Una cultura muere cuando esa alma ha realizado la suma de sus posibilidades en forma de pueblos, lenguas, dog-

mas, artes, Estados, ciencias, y torna a sumergirse en la espiritualidad primitiva. Pero su existencia viva, esa serie de grandes épocas, cuyo riguroso diseño señala el cumplimiento progresivo de su destino, es una lucha íntima, profunda, apasionada contra las potencias del caos en el exterior y contra la inconsciencia interior, a donde ha ido estas a refugiarse coléricas". Y más adelante agrega: "Toda cultura pasa por los mismos estados que el individuo. Tiene su niñez, su juventud, su virilidad y su vejez".

El estilo de vida de estos superorganismos que son las culturas, implica cierta duración y cierto ritmo distintos para cada una de ellas. Por otra parte, "así como las hojas, las ramas, las flores, los frutos expresan por su aspecto, forma y posición una determinada especie vegetal, así también las formaciones religiosas, científicas, políticas, económicas, expresan una cultura". Penetrándose del ritmo fisiognómico, captando el sentido que tienen dentro de una estructura histórica, de una cultura, de determinados hechos, el historiador puede reconstruir los demás que con ellos se encuentran en conexión orgánica, funcional y por el estudio morfológico comparativo de culturas ya concluidas, estará en condiciones de anticipar las formas del porvenir, de predecir la historia.

Basándose en el concepto de homología—identidad funcional— que se usa en las ciencias biológicas Spengler llama hechos correspondientes a aquellos que dentro del mismo estadio de diferentes culturas, tienen la "misma posición relativa y, por lo tanto, una

significación enteramente pareja". Así por ejemplo el nacimiento del estilo jónico y el del barroco, Alejandro y Napoleón. Pero cada cultura es un peculiar conjunto de reacciones vitales. Cada una de ellas tiene sus escalas de valores. De ahí que exista la imposibilidad psíquica de comprender el último sentido de las creaciones de otras culturas, su auténtico simbolismo de formas expresivas. No existen "verdades universales". No hay "un" arte, "una" filosofía, "una" matemática", sino verdades relativas y formas artísticas, filosóficas, matemáticas, etc., que expresan de modos radicalmente diversos el alma de cada cultura.

Sin embargo, el hombre occidental, ha intentado la Historia Universal, haciéndola converger a él, de acuerdo con su pueril idea de un progreso en línea recta. De ahí el esquema escolar todavía en lamentable vigencia: Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna, según el cual, presuntuosamente colocados en lo alto de una ascendente evolución de milenios, miramos el pasado de la Humanidad, inmensas culturas extinguidas, como episodios de etapas ya superadas. Spengler introduce en nuestros hábitos intelectuales respecto de la historia, "una revolución copernicana". El universo histórico no gira alrededor nuestro. Nuestra cultura occidental es una entre las varias que han surgido en el transcurso de los siglos, en el ambiente histórico. Es la única que actualmente cumple su trayectoria vital. Pero, como ellas, ha de morir.

La aplicación del método morfológico comparativo, permite a Spengler afirmar que desde la Revolución Francesa y Napoleón, nuestra cultura oc-

cidental ha entrado en su ocaso, es decir, en la civilización. La civilización es la última etapa de toda cultura, su "término y su plenitud", "civilización—dice— es el extremo y más artificioso estado a que puede llegar una especie superior de hombres. Es un remate; subsigue a la acción creadora como lo ya creado, a la vida como la muerte, a la evolución como el aniquilamiento, al campo y a la infancia de las almas que se manifiesta, por ejemplo en el dórico o en el gótico—, como la decrepitud espiritual y la urbe mundial petrificada y petrificante. Es un final irrevocable al que se llega siempre de nuevo, con íntima necesidad".

Nos encontramos en plena civilización, vivimos la decadencia de la cultura occidental.

2.— Perspectivas de nuestra civilización

"La civilización pura, como proceso histórico, consiste en una gradual disolución de formas ya muertas, que se han tornado inorgánicas"—dice Spengler. Una vez que la cultura ha agotado sus posibilidades creadoras, con la vigorosa espontaneidad de una vida que asciende a su plenitud, sobreviene el definitivo anquilosamiento en que sólo restan al hombre posibilidades expansivas, la conquista material del mundo. Es el fenómeno que se observa en la antigüedad en el siglo IV. Nosotros, los occidentales, estamos desde el siglo XIX en este periodo crepuscular, aproximándonos de un modo ineludible a la liquidación de las tradiciones culturales que ya carecen de contenido vital.

Todas las civilizaciones presentan

rasgos correspondientes característicos. La cultura antigua alcanzó sus máximas formas expresivas con las creaciones de los griegos. Aparecen enseguida los romanos cuando toda posibilidad creadora de alto estilo se ha extinguido, los romanos que representan la fuerza brutal de una barbarie inteligente "sin alma, sin filosofía, sin arte, sin escrúpulos, pendientes del éxito material. Y los romanos hállanse situados entre la cultura helénica y la nada". Son los hombres de las potimerías para quienes sólo queda abierto el campo de una expansión dominadora y las creaciones sin trascendencia de una vida material llevada al extremo de su poderío.

Iguales perspectivas se ofrecen al hombre de Occidente. Donde quiera que se mire el ánimo atribulado descubre síntomas de senectud y de disolución. Los individuos, perdido el lastre de las creencias tradicionales y de los antiguos sentimientos, buscan inútilmente el sentido de la vida y se entregan, con desesperada ceguera, al goce del instante y a la violencia de sus instintos. Los pueblos anarquizados y ambulantes ensayan nuevas fórmulas de gobierno y de justicia, sin alcanzar el seguro equilibrio del Estado, verdaderamente "en forma". El pensamiento filosófico ha agotado sus interpretaciones de los misterios cardinales del Universo y no hace más que disfrazar con artificiosa palabrería las viejas fórmulas. La religión es una mera liturgia ornamental sin calor de fe. La poesía, la pintura, la estatuaria, la música, cuando no son imitaciones desmedradas de las obras del pasado, son tentativas caprichosas, a menudo gro-

tescas, que revelan la desesperación de la impotencia.

En cambio, asistimos a un esplendor inusitado de la vida material. El predominio de los aspectos económicos de la existencia sobre los valores, moribundos del espíritu, es un síntoma a la vez que un efecto de la civilización. Los hombres, desarraigados del campo, fuente de telúricas energías, se concentran en las grandes ciudades mundiales donde germinan todas la violencias y todos los apetitos de una barbarie refinada. Una agitación febril de egoismos y pasiones en lucha se extiende por todas partes con un estruendo de catástrofe. Rotos los ligamentos orgánicos de la tradición, quebrantadas las disciplinas hereditarias, extinguidos los sentimientos ancestrales que daban forma a la vida colectiva, sólo queda respeto para la fuerza y voluntad para el placer.

La economía ha supeditado a la política. Y dentro de la misma economía, los aspectos productivos, en conexión con las necesidades concretas de los seres, están cada vez más esclavizados por la alta finanza y sus poderes casi abstractos, creación del frío cálculo de la inteligencia urbana y cosmopolita al servicio de una terrible voluntad de lucro. Las fuerzas financieras internacionales manejan la voluntad de los Estados democráticos y explotan a los pueblos dándoles la ilusión de una soberanía que sólo existe en la letra de las Constituciones redactadas por abogados maliciosos o pueriles demagogos. La política de partidos, es en una o en otra forma, la política del dinero.

Pero, al decir de Spengler, la dictadura del dinero se acerca a su fin: "Tras un largo triunfo de la econo-

mía urbana y sus intereses, sobre la fuerza morfogénita política, revélase, al cabo más fuerte, el aspecto político de la vida. La espada vence sobre el dinero; la voluntad de dominio vence a la voluntad de botín. Si llamamos capitalismo a esos poderes del dinero (y a ellos pertenece también la política interesada de los partidos obreros que no pretenden superar los valores del dinero sino poseerlos) y socialismo a la voluntad de dar vida a una poderosa organización político-económica, por encima de todos los intereses de clase, a la voluntad de construir un sistema de noble cuidado y de deber que mantenga "en forma" al conjunto para la lucha decisiva de la historia, entonces esa lucha es, al mismo tiempo, la contienda entre el dinero y el derecho".

Nos encontraríamos en las últimas etapas de la política de partidos, de la política democrática. No sólo los partidos, cualesquiera que sean, desaparecerán, según el pensador alemán, sino que se disolverá la forma misma de partido, ocuparán su lugar los séquito de jefes de cuño cesáreo, que dominarán a las naciones como posesiones privadas, movidos por una fuerte voluntad de poderío. La democracia, con la disolución inevitable de todo elemento orgánico dentro del Estado, y el auge anárquico de los poderes del dinero y del espíritu va a desembocar en el cesarismo. Así terminó en la antigüedad la etapa democrática, representada, como en la actualidad, por ideólogos y plutócratas. Así ha de terminar en Occidente una vez que los mitos aún vigentes pierdan su eficacia sobre las masas. Por ej., "el marxismo que es en teoría, una negación de la burguesía, es hasta la médula

burgués en su actitud y conducta como partido”.

Para nosotros, asegura Spengler: “termina ahora la época de la teoría. Los grandes sistemas del liberalismo y del socialismo han nacido todos entre 1750 y 1850; el de Marx tiene ya casi un siglo y el último que ha quedado. Interiormente significa, con su concepción materialista de la historia, la consecuencia extrema del racionalismo y, por lo tanto, su punto final. La fe en los programas caracteriza al abuelo; para el nieto esa fe es prueba de provincialismo. En su lugar empieza a germinar ya una nueva devoción resignada, que arraiga en la miseria del alma y la tortura de la conciencia, una devoción que ya no pretende reformar este mundo y que en lugar de los conceptos crudos, busca el misterio, y ha de encontrarlos en las profundidades de la segunda religión”.

Tal habría sido el estado anímico del mundo antiguo después de agotado el estoicismo de Zenón, última y poderosa emoción que pretendió galvanizar una gran alma exhausta. Tal habría de ser también en un futuro no lejano, la situación moral de Occidente una vez extinguidas las esperanzas que el socialismo de Marx ha despertado en las masas innumerables del proletariado. “La fuerza de estas ideas abstractas no se extiende más allá de los dos siglos que dura la política de partido. Al fin ya no son refutadas, sino tediosas. Hace ya tiempo que Rousseau es aburrido. Marx lo será en breve. Por último no es ya esta o aquella teoría la que se abandona, sino la fe misma en toda teoría y con ella, el optimismo del siglo XVIII que creyó poder mejorar los hechos insuficien-

tes merced a la aplicación de conceptos”.

El destino político de la alta civilización es el imperialismo. Es el producto normal y fatal del espíritu de las grandes urbes y donde se forman naturalezas superiormente prácticas, de inteligencia afinada, aptas para la exacta comprensión y el dominio de los hechos, capaces también de fría y enérgica disciplina. La expansión es un imperativo vital en las etapas posteriores de un gran ciclo histórico. Ninguna fuerza política, podrá apartarse, en la realidad, de sus actuaciones, de ese imperativo. “El socialismo actual, poco desarrollado aún — anota Spengler— rechaza la expansión; pero llegará un día en que con la vehemencia de un sino, será él su principal vehículo”.

¿Y después, una vez agotadas las posibilidades expansivas, una vez disuelta toda forma de Estado en los últimos y anárquicos conflictos entre los ejércitos privados de los hombres de tipo cesáreo, para quienes, como sucedió en la declinación del Imperio Romano, no habrá otro derecho que su espada ni otra ley que su voluntad? Oigamos nuevamente las propias palabras de Spengler: “El hombre torna de nuevo a ser planta, siervo de la gleba, obtuso y permanente. La aldea “fuera del tiempo”, el eterno aldeano reaparece, engendrando niños y metiendo trigo en la madre tierra, laborioso enjambre sobre el que pasa como viento de tormenta, el torrente de los soldados imperiales. En medio del campo, yacen las viejas ciudades imperiales, vacíos habitáculos de un alma extinta, en los que lentamente anida la humanidad sin historia. Se vive al día con una felicidad mezquina y

una gran paciencia. Los conquistadores que buscan botín y fuerza en ese mundo, pisotean las masas; pero los supervivientes llenan pronto los vacíos con fecundidad primitiva y siguen aguantando. Y mientras en las alturas alternan victoriosos y vencidos en eterno cambio, abajo, los pequeños rezan con esa poderosa devoción de la segunda religiosidad (1) que ha superado para siempre toda duda. En las almas la paz universal se ha hecho realidad, la paz de Dios, la beatitud de frailes ancianos y de anacoretas; pero sólo en las almas. Se ha desarrollado en ellas esa profundidad en la aceptación del dolor que el hombre histórico desconoce en el milenio de su desenvolvimiento. Con el término de la gran historia, reaparece la gran conciencia sacra y tranquila. Es un espectáculo que en su falta de finalidad, resulta sublime, un espectáculo sin objetivo y lleno de grandeza, como el curso de los astros, la rotación de la tierra, la alternancia de tierra y mar, de hielos y bosques”.

3.—Posibilidad y deberes.

Ahora bien, ¿qué nos corresponde a nosotros, los hombres de hoy, según este sombrío visionario de la decadencia? Por encima de todo, aceptar nuestro tiempo y no empeñarnos, con pueril presunción inútil, en tratar de alterar el curso de la vida, la dirección de nuestra cultura. Queremos lo necesario: ese es nuestro deber. Pero, ¿qué es lo necesario? Lo necesario es lo posible. Nuestra voluntad tiene límites y más allá de los cuales se niega a sí misma y se condena a inevitable derrota.

Hay cosas que el hombre, en el or-

to y el apogeo de la cultura realizaba, obedeciendo a profundas necesidades espirituales, en los dominios del arte y la filosofía. Lo que en la actualidad se produce en dichas esferas, trae el sello de un irremediable intelectualismo decadente. No se trata ya de creaciones espontáneas, ricas de contenido, vigorosas y originales, sino de torturados productos de una inteligencia demasiado lúcida. Así, en vez de arte auténtico, y de auténtica filosofía, tenemos un vano artificio formal y una charla de cátedra.

Con innegable razón escribe Spengler: “Un siglo de actuación puramente extensiva, que excluye toda elevada producción artística o metafísica—digámoslo en dos palabras: una época irreligiosa, pues tal es precisamente el concepto de la gran urbe—es una época de decadencia. Sin duda. Pero nosotros no hemos elegido esta época. ¿Qué le vamos a hacer, si hemos venido al mundo en el ocaso de la civilización y no en el medio día de la cultura, en la época de Fidias o de Mozart? Todo depende de que nos demos claramente cuenta de esta situación, de este sino, y comprendamos que al engañarse a sí mismo no cambia en nada el aspecto de las cosas. El que no lo comprenda así no cuenta entre los hombres de su generación. Es un necio, un charlatán y un pedante”.

Sin embargo, por desgracia, entre los que pretenden dirigir a la juventud y, aún más, orientar el espíritu

(1) Spengler llama segunda religiosidad a la preocupación del misterio que, a semejanza del pavor místico de los comienzos de un ciclo histórico, se apodera de los espíritus en las etapas postreras de la civilización.

público, es común advertir una incompreensión fundamental de la índole, la estructura y las posibilidades de la época en que vivimos. Continúan los alardes estetizantes sin que aparezcan, por otra parte alguna, artistas que no sean absolutamente supérfluos. Los viejos centros universitarios estimulan las especulaciones filosóficas, no consiguiendo otra cosa que aumentar el número de libros en la que se manejan fórmulas, casi siempre cabalísticas, para encubrir la irremediable indigencia de contenido. Y el coro de los "snobs", citando nombres y libros y obras que nada significan, se maravilla de las "nuevas ideas" y de la "nueva sensibilidad".

Una nueva tabla de valores, se impone al espíritu; una luz cruda y fuerte, que puede perturbar las carreras débiles, ilumina el panorama de la vida. Hay que sesear lo que puede ser. Hay muchas cosas que el hombre de hoy no puede ya hacer y muchas que debe hacer. Cada uno debe querer estas últimas —y sólo estas últimas— ennobleciendo así la vida por el esfuerzo fecundo: he ahí la norma de una voluntad realista.

Nos quedan múltiples y magníficas posibilidades de acción práctica, el acrecentamiento de la técnica al servicio de la vida, la dura alegría y las satisfacciones, a menudo trágicas, de la voluntad militante. Repugna al espíritu de la época que la juventud, aferrada a los fantasmas románticos del pasado, pretenda crear inéditas formas de belleza o descubrir aspectos incógnitos de la verdad. Eso no es posible, y pretenderlo, representa una pérdida incalculable de energías vitales.

"Si bajo la influencia de este libro

—escribe Spengler, en la Introducción a la "Decadencia de Occidente"— algunos jóvenes de la nueva generación se dedican a la técnica en vez de al lirismo, a la marina en vez de a la pintura, a la política en vez de a la lógica, harán lo que yo deseo y nada mejor, en verdad, puede deseárseles". El hombre representativo de esta convulsionada hora del mundo no es el artista ni el intelectual, sino el hombre de empresas, el realizador en el terreno de los hechos. La nuestra es ahora dinámica, de acción impetuosa, de fuerzas que se desbordan buscando cauces o sentido.

Por sobre todas las otras, abre sus perspectivas la acción política. En el campo donde la voluntad realizadora, guiada por un fino tacto de lo posible encuentra las más sorprendentes oportunidades de ejercitar su potencia. Aproxímase un período de luchas decisivas entre las clases y los Estados, en que los briosos instintos de las minoría más aptas para el mando, las que tengan raza, es decir, mayor suma de enérgicas virtudes viriles, habrán de imponerse sobre las vacilaciones de las masas, los conflictos de los intereses y las turbulencias de los grupos informes, dando nacimiento a nuevos valores y nuevas jerarquías.

El problema primordial es dar al Estado una "forma" que lo haga eficaz frente a los demás Estados, porque la verdadera política no es otra cosa que la relación con los poderes del contorno: la política exterior. Nada importa cual sea la forma política interna lograda por una comunidad nacional, lo importante es que exista. Puede ser el Estado soviético, puede ser el Estado corporativo. Ambos representan en las contingencias de la ac-

tualidad mundial, unidades vitales "en forma", capaces por lo tanto de desarrollarse, como lo hacen, una política externa de rango superior. Sobre el particular es conveniente dejar establecido que Spengler trata los problemas políticos, siempre desde un ángulo histórico, sin sujeción a la dogmática doctrinaria de ningún partido, de modo que denota falta de conocimiento o de real comprensión de sus ideas, el suponerle, como algunos concomitancias ideológicas con el nazismo racista que impera en Alemania.

Hemos querido sintetizar, con un mero propósito de divulgación, absteniéndonos de todo análisis crítico, algunos de los puntos de vista de "La Decadencia de Occidente", obra con la cual Oswald Spengler se incorporó de golpe y a una edad en que otros grandes pensadores sólo realizaron tanteos en torno a las concepciones decisivas, al reducido círculo de los espíritus eminentes de la época. Sean cuales sean las preferencias y simpatías del que lo lea en cuanto a filosofía y política se refiere, nadie podrá dejar de reconocer la alta calidad de su Destilado cargado de poéticas suferencias y de un poderoso patetismo, como tampoco la profundidad de sus intuiciones que abarcan los más distintos dominios de la cultura.

Además—y no es lo menos importante para las generaciones nuevas— la concepción histórica de Spengler está llena de nobles incitaciones morales. La han motejado—los que no pueden entenderla "en profundidad"— de pesimista. Sí, es pesimista, si por pesimismo se entiende la viril aceptación del destino, pero no lo es si con ello quiere significarse la renuncia de la voluntad. El lo dice en las páginas finales de

"El hombre y la técnica": Sólo hay una concepción de Universo que sea digna de nosotros: la ya citada de Aquiles cuando dice que mejor es una vida breve llena de hazañas y de gloria que una vida larga sin contenido. El tiempo no puede detenerse; no hay prudentes retornos: no hay cautelosas renunciaciones. Sólo los soñadores creen en posibles salidas. El optimismo es cobardía. Hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanza, sin salvación en el puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano, cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta en Pompeya, y que murió porque al estallar la erupción del Vesubio, olvidáronse de licenciarlo. Eso es grandeza; eso es tener raza, ese honroso final es lo único que no se le puede quitar al hombre".

Este es el pesimismo de Oswald Spengler: una exaltación de la voluntad y del deber frente a los riesgos decisivos, y una suprema dignidad en la aceptación de lo irrevocable de la vida del destino. El hombre no puede modificar el ritmo profundo de los acontecimientos. Sus posibilidades están limitadas dentro de un círculo más allá del cual sólo puede proyectar vastos ensueños— a menudo grandiosos, pero siempre estériles— que ninguna influencia tienen en la viviente complejidad misteriosa de los hechos. El auténtico político así lo ha comprendido siempre y ha puesto su voluntad— para hacerla eficaz,— en el curso del acontecer. "El destino empuja a los que quieren y arrastra a los que no quieren".

E. G. A.